



LUISA.

TIENE el cerebro humano repercusiones extrañas que lo conmueven rudamente, obligándole á remover cenizas de acontecimientos pasados; ecos sombríos diversos en absoluto de los provocados por la voz, pues así como éstos sólo alcanzan á repetir la última sílaba de una frase, les es á aquéllos suficiente un nombre para recomponer toda una historia. Historias ¡ay! que no mueren, que no desaparecen en el revuelto farrago de los años, historias que, en acecho de una ocasión,

permanecen ocultas, para surgir de pronto, revelándonos, con su espantosa realidad, que ellas han sido, en las dolorosas transformaciones porque nuestro espíritu, inconscientemente, ha pasado, causa fatal y determinante.

Luisa: Este nombre, que anoche pronuncié, cas distraído, trajo á mi memoria el recuerdo de un fantasma, no de aquellos fantasmas que los alemanes construyen con jirones de la niebla de su país, sino de un fantasma que ha tenido, que tiene formas reales y evocaba con su presencia los dichosos tiempos en que yo también era un fantasma porque estaba repleto de fantasías.

Mozalbeta inexperto, larva nutrida con la savia de esos poetas inocentes y soñadores que hacen del hombre un Dios, de la mujer un ángel, de la sociedad un paraíso, juzgándome provisto de todos los esfuerzos, de todas las resistencias, de todas las energías necesarias para el combate, abandoné la obscura capital de provincia donde habitaba, y vine á Madrid avaro de tender en ella mis alas de mariposa. ¡Cuántas decepciones me aguardaban en Madrid! ¡cuántas me aguardan todavía! porque el dolor es el compañero más seguro y constante del hombre. No dudo de la inmortalidad del alma porque no dudo de la inmortalidad

del dolor.—Madrid—decía yo,—ese mar revuelto por oleadas de ideas, esa profusión de seres que lo habitan, constituyen algo á propósito para que el poeta logre extender allí sus facultades, dilatarlas hasta lo infinito y reconcentrarlas después en un hecho real y positivo Madrid es la gloria, el amor..... el amor sobre todo.....—Y Madrid, mirándome con esa sonrisa propia de los monstruos, sonrisa burlona que he tenido ocasión de contemplar muchas veces, me contestó, arrojando bruscammente una mujer ante mi paso.—¿Tú me juzgas de esa manera? Pues bien, ahí tienes una obra mía. Estúdiala.—Rubia, pálida con esa palidez pensadora de las vírgenes que sueñan amores desconocidos, de ojos azules y melancólicos, en los cuales había tanta sombra como luz, verdadero capricho de una ilusión que empieza; los labios finos y ligeramente contraídos; la garganta flexible y robusta á un tiempo mismo, hermosa curva donde el artífice divino había derrochado caudales de belleza; el cuerpo esbelto y bien torneado; los pies menudos, pies andaluces que se arqueaban bajo el zapato de seda, y la mano breve, nerviosa, cubierta de venas azuladas; añadid á esto una bata azul con lazos blancos, por cuya espalda ondeaban los cabellos de Luisa, haz de oro espigado sujeto por una cinta

color de rosa, y tendréis la imagen de aquella mujer que en aquel instante, cuando yo la vi, seme-
jaba heroína de alemanas leyendas acariciada por
un recuerdo de infinita dulzura.

¡Qué amor tan inmenso he sentido por ella!
Llegaba á su lado como llega el creyente á los
pies de la imagen que adora. Un gabinetito
donde mil flores, agrupadas en vistosas macé-
tas, daban al ambiente suavísimos perfumes, tapi-
zado por oscuros cortinajes é iluminado por os-
cilante lámpara de cristal bohemio, cuyos tibios
rayos amortiguaba una bomba teñida de azul, era
el hermoso templo en cuyo fondo se erguía impo-
nente, majestuosa y dulce á la par la pálida diosa
de mis amores.

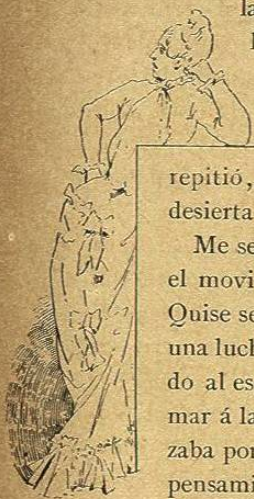
Luisa representaba á mis ojos algo tan puro,
tan grande, que ni una sola vez me sentí capaz de
profanarla. La soledad de nuestras entrevistas no
era estorbo, sino ayuda de mi respeto: la inocente
confianza con que llegaba á mí su invisible pro-
tector.

Aún recuerdo la última noche que pasamos
juntos.

El libro donde yo no estudiaba hacía tiempo,
abierto sobre la mesa, y Luisa á mi lado, suelta
la rizada cabellera, que yo arrollaba trémulo á

una de mis manos mientras con la otra oprimía
ligeramente, casi sin tocarla, su cintura; la miraba
con avidez inundándome en el divino fuego de
sus ojos. Solos, completamente solos en aquel
recinto donde vivíamos juntos, Luisa era mía y,
sin embargo, apenas si besé rápidamente su mano
ardorosa, que temblaba. Había en mi conducta
para con ella algo más que respeto; fatalidad; yo
necesitaba elevarla muy alto para sentir todo el
efecto de su caída.

¡Cómo la pinté en aquel momento, con voz vi-
brante de emoción, el nido precioso donde nos
cobijaríamos cuando yo, vencedor en la sangrienta
lucha por la gloria, pudiese arrojar á sus pies las
verdes coronas, premio de mis continuos afanes!
Ella sería la musa, que inspirando mis cantos, me
diera fuerzas para seguir animándome con un beso,
con una palabra cariñosa..... Luego el aislamiento
de dos que se aman, el capricho adivinado, lágri-
mas que se funden en la copa del dolor, sonrisas
de placer que se juntan en el espacio..... Esas pe-
queñeces inmensas que forman la felicidad de
los enamorados.—Luisa me escuchaba con aten-
ción, é inclinando hacia atrás su hermoso busto,
me envió una mirada repleta de deseos. La con-
templé con asombro y me levanté confuso, vaci-



lante, sintiendo palpar rápidamente la sangre de mis venas.....

Cuando se alejó de mí, volviendo su cabecita rubia para despedirse, «¡adiós!» me dijo. «¡Adiós!» repitió, alejándose por el fondo de la desierta galería.

Me sentí dominado por la fiebre y tuve el movimiento salvaje de la bestia en celo. Quise seguirla, pero me detuve. Fué aquella una lucha horrible. La materia aguijoneando al espíritu y el espíritu procurando domar á la materia. Una idea fija, tenaz, danzaba por mi cerebro, demonio lúbrico de mi pensamiento. Permanecí más de dos horas con la frente hundida entre las manos. Cuando levanté la cabeza estaba lívido, pero mi rostro resplandecía con expresión de triunfo. Asceta de su amor, había vencido las tentaciones de su carne.

*
* *
*

Al día siguiente, no sé cómo, pero lo supe con esa certeza que no da lugar á dudas, que no nos permite ni este último consuelo del desengaño,

aquella mujer, aquella virgen de mis primeros amores, era una mentira. Yo, poeta por temperamento, le había prestado atributos que no le pertenecían en manera alguna. Sus ojos no brillaban con el temor de la esperanza, sino con la incertidumbre del hastío; sus labios, que yo juzgué tan frescos, conocían las borracheras del placer, y sus cabellos, sus hermosos cabellos que yo acariciaba temblando, los echó más de una vez aparte con enojo la mano del libertino. Luisa era una cortésana impura que ni siquiera tenía la miseria en su abono.

Sensual, caprichosa, amiga de la vanidad, encontraba en mí un ser nuevo, un chiquillo soñador, un alma que romper, y el fenómeno era bastante extraño para que ella no lo estudiara. Adoptó posturas inocentes, conversaciones infantiles, rubores inexplicables, y tuvo y hubiera tenido calma suficiente para esperar mi desbordamiento apasionado y reunir un apunte más al libro de sus memorias.

Así me lo dijo un hombre de cuyo afecto no puedo dudar, y al mismo tiempo me enseñaba cartas, citándome nombres, ocasiones, lugares.....

Le escuché al principio con admiración; después, ante el testimonio de los hechos, retrocedí

convulso, sintiendo que una bocanada de negrura se me entraba por los oídos hasta el corazón, y me apoyé contra un velador, ebrio de amarguras.

—¿Qué tienes?— me preguntó mi amigo.

—¡Qué tengo!— exclamé con la última energía de la desesperación.—¡Tengo hambre de matar.— ¡Ay!—proseguí cobardemente al ver derrocarse con estruendo el edificio de mis fantasías;—¡me espanta ese abismo que has abierto delante de mis ojos! Tengo miedo.

—¿Miedo? ¿de qué?

—De esa realidad que me ofreces. Y sobre todo ella..... ¡ella!

—¡Bah!—repuso mi interlocutor— no seas tonto: el mundo hay que tomarle tal como es. Te he dicho eso por bien tuyo; y ahora voy á aconsejarte una cosa: puesto que la ocasión es propicia, aprovéchala y luego abandona á esa mujer demostrándola que la has conocido.

—Adiós—añadió.—Y dándome un fuerte apretón de manos, se alejó satisfecho.

Como operador podría estarlo. Había batido con pulso firme, y para siempre, las cataratas de mi alma.

Tomar el mundo tal como es..... ¡Qué espantosa palabra! Pero el mundo—decía yo—¿es así,

tan miserable? y ella.... No es posible; ¡mentira! —Y me aferraba como un náufrago á esta palabra: Mentira.— Mas ¡ay! verdad desgraciadamente; mentira ella, mentira mis ilusiones, pero mi amargura y su engaño eran verdad.

Hubo un instante, uno sólo, en que me sentí decidido á buscarla, gozar de sus favores y arrojarle en rostro su crimen. Imposible: en el primer combate, cuando la herida es muy honda, no se siente uno con fuerzas para devolver el golpe traidor que ha recibido. Mi corazón se oponía á aquella represalia vergonzosa. Caer con ella era aún más horrible que mirarla caer. Me faltaba mucho camino que recorrer aún para acomodarme á esas frías transacciones, para hacer del espíritu un esclavo.

Luisa ha muerto—dije.—Y borré su nombre de mis labios y lo inscribí como una reconvención sobre mi pecho.

.....

Desde entonces, ¡cuánto tiempo ha pasado! Hoy, al recordar á Luisa, la he maldecido. Ella empujó mis pasos por la senda que atravieso; de ella viene el mal. El beso de la cortesana ha secado el alma del poeta.

Pero no, pobre Luisa; soy injusto contigo. Pues qué, ¿no habrás tú sentido, como yo, como todos, en los primeros días de tu juventud, agitarse en rededor tuyo esos delirios, esas imágenes puras de que yo estaba saturado cuando te conocí? Tú también habrás recibido duras lecciones de algún ser que escogiste para tu egida y que se transformó en tu verdugo. ¿Qué has hecho conmigo sino lo que yo hice más tarde con otros, devolver golpe por golpe y engaño por engaño? ¿Qué parte de culpas llevas en mis desdichas de hoy, instrumento irresponsable con que el destino me amarró á su carro de sombras?

¡Qué culpa tienes, desdichada mujer, si acaso es tu único delito haber sufrido antes que yo!



EL SEÑORITO CHULO.

Por la estafeta del Parnaso:
á *El Curioso Parlante*.

V ALGAME Dios, Sr. Curioso, si V. viviera y con V. aquel espíritu sagaz, aquella profunda observación y aquella chispeante ironía que así brotan de sus artículos como brotan del sol los rayos y de la noche las sombras! ¡Si aún fueran los dichosos tiempos durante los cuales tronaba usted sarcásticamente contra las ridiculeces, y si pudieran añadirse nuevas horas á las ya pasadas, cuando su pluma discurría sobre el papel grabando con sus nos indelebles las costumbres de sus contemporáneos!



De ocurrir esto, fuera grande mi dicha y ahorrárame yo de mandar á V. esta carta, que acaso no llegue á su destino ó llegue tergiversada y con dos ó tres siglos de retraso, los cuales deben suponer para los administradores de correos de lo infinito lo que suponen dos ó tres días para los administradores del propio ramo en esta finita y perecedera patria, donde tuvieron la imprevisión de parirme y donde tendré la paciencia de vivir hasta que el cielo se sirva otorgarme la única merced que en vida le merece el hombre.

Pero V. ha muerto, y con V. los artículos de costumbres. Como yo no he de resucitarlos ni hallo, al presente, nadie capaz de tan sublime operación, no puedo por menos de sentirme apesadumbrado, porque hoy, más que nunca, hace falta un ingenio que fustigue con el látigo implacable de la sátira la sociedad que nos rodea. Este, solo este, es el motivo que me induce á escribirle; encuéntrome ganoso de comunicar mis impresiones, y á V. recurro, pues V. me inspira una confianza sin límites, engendada por la continua y atenta lectura de sus obras, donde tan gráficamente quedó impresa su personalidad, que todas las mañanas les doy los buenos días, y siento extrañeza al ver que no obtiene respuesta mi saludo.

Cansado de esperar esa respuesta, á V. me dirijo personalmente (le ruego que perdone el atrevimiento) para darle á conocer un tipo nuevo, ser anfibio que gestaba en el claustro materno de lo absurdo cuando V. murió, y que actualmente ha visto la pública luz, reproduciéndose con tal rapidez, que llena ya, casi por completo, los ámbitos de esta famosa corte de las Españas, como aún la nombran algunos aficionados de los estudios arqueológicos.

Este nuevo ente, que ha tomado proporciones idénticas á las del cólera del 55, es *El señorito chulo*.

Usted encontrará inaudita la unión de esos dos nombres; igual me ocurre á mí, y, no obstante, ha sido, es y será, yo no sé hasta cuándo, pero dada la idiosincrasia de este país, donde se hace lo ilógico de un suceso motivo suficiente para su prolongación indefinida, juzgo que tenemos señoritos chulos hasta la consumación de los siglos.

Me es necesario, para demostrar á V., señor Curioso, la existencia de la supradicha heterogénea personalidad, ponérsela de manifiesto; y si no miente el refrán que dice: «Para muestra, basta un botón,» allá va mi amigo Pepito, que en el

asunto que nos ocupa, botón es y de buen tamaño.

Como este párrafo, así como los que le preceden y han de seguir, debe quedar (yo se lo ruego) entre nosotros, voy á hacer á V. la descripción de mi amigo con toda la ingenuidad de la confianza.

Pepito es un hombre como todos los demás; ni alto ni bajo, así en estatura como en pensamientos; pálido, con esa palidez que tan admirablemente destaca las verdes ojeras con que siempre se manifiesta el placer en los organismos degenerados por el abuso y la fuerte coloración de los labios, contraídos por el *ricтус* grosero del borracho; el cabello negro, tan abundante en rizos como en desengaños el alma de un hombre sensible, peinado hacia delante, y la cara afeitada, circunstancia que transforma á mi héroe (con la de un actor no tiene su cara punto alguno de contacto) en mozo de café ó degollador del Matadero. He aquí la ornamentación física de este sujeto.

En lo que toca á prendas de vestuario, usa la imprescindible americana de terciopelo, los ajustados pantalones, verdadera funda donde, con improbables trabajos, introdúcense dos flaquísimas piernas, el vistoso chaleco y la abigarrada corbata

sujeta al cuello de la camisa por brillante ceñidor.

Un sombrero hongo, siempre inclinado á la izquierda de la fisonomía y unas botas de *caña* obscura, son, respectivamente, base y coronamiento de tan simpática figura.

No llegue V. á suponer, por cuanto llevo escrito, que el personaje de mi carta nació en alguna carnicería ó taberna bien acomodada de los barrios bajos: no señor. Pepito es hijo de una dignísima señora, á quien tengo el gusto de tratar, que posee un caudal más que mediano y guarda en el fondo de una arquilla vieja pergaminos nobiliarios, cosa, en verdad, de poca monta, pero de ella tan estimados como lo son de mí las *Escenas Matritenses*. Además, el muchacho ha estudiado cinco años de filosofía y hasta creo que comenzó una carrera.

Por tales razones comprenderá V. que es el tal un mozo medianamente ilustrado, que ha recibido excelente educación y frecuente de vez en cuando sociedades, para asistir á las cuales le precisa vestir de *lipendi*. Así nos llama él á cuantos tenemos el mal gusto de usar á diario la levita.

Buscando estaba yo no hace muchos días asunto digno de molestar su atención, y juro de cierto

que nunca hallé tan estéril mi ingenio, con serlo mucho, como entonces. Cuantas veces mojé en tinta la pluma y quise comenzar mi trabajo, hube de tachar nerviosamente lo escrito. Aburrido, y, más que aburrido, desesperado por la inutilidad de mis esfuerzos, iba á tirar la pluma y á romper las cuartillas, cuando, abriéndose violentamente la puerta de mi habitación, aparece en ella Pepito, y arrojando sobre una silla su capa con embozos de terciopelo color vino, se acerca á saludarme.

—¡Cielos!—grité (el grito fué para mis adentros),—ya tengo lo que buscaba; nada como el retrato de mi amigo puede agradar á «El Curioso Parlante», quien podrá mostrarlo á sus compañeros de gloria no tal como yo lo remito, sino miniado por el artificio de su ingenio.

En efecto, decidido á seguir aquel carácter en todas sus manifestaciones, pregunté á Pepe:

—¿Qué traes por esta casa?

—Nada—me respondió,—el gusto de verte y el deseo de invitarte á escuchar á la Rosa.

Hubo de extrañarme el artículo *la* precediendo al nombre de una mujer, y volví á interrogar á mi interlocutor en la siguiente forma:

—¿Quién es *la* Rosa? ¿Alguna eminente artista?

—¡Oh, y de las mejores!—repuso él.

—¿Trágica, por ventura? ¿Cómica? ¿Lírica?

—Algo más que todo eso. Es una *cantaora*.

—¿*Cantaora*?..... Ah, vamos, artista *flamenca*.

—Justo. Conque si quieres.....

—¡No he de querer, hombre!—respondí afirmán dome en mi anterior idea,—¡pues no faltaba más

Alcéme de la silla y achulándome lo mejor que supe, seguí al *diletanti in partibus flamencorum*.

Llegados que fuimos á la calle de los Estudios, hicimos alto frente á una taberna ó tienda de andaluces (cosas idénticas aunque no lo parecen). Entramos, y previa venia de un mozo mal encarado que estaba detrás del mostrador, pasamos á un cuartito, ocupado por los siguientes personajes:

Cuatro ó cinco jaques de ancho sombrero y voz aguardentosa y una mujer morena, no mal parecida, que tarareaba los gorgoritos de un *polo*.

—Buenas tardes, caballeros—dijo Pepe al entrar.

Miré yo á todas partes buscando los supradichos caballeros, y hube de suponer, porque no hallé ninguno, que á los antes citados se dirigía el saludo.

—Buenas tardes, don Pepito y *la compañía*—respondieron ellos.

Sentóse mi amigo al lado de la mujer y comenzó á dirigirle requiebros que tenían mucho que admirar, así en lo incorrecto como en lo desvergonzado de la frase. Terminados que fueron, llamó, vino el mozo, recibió órdenes y volvió á poco rato con dos botellas de manzanilla, doce cañas y una guitarra. Llenáronse los vasos, y á la par que



templaba el instrumento, dijo Pepe á mi oído:

—Vas á oír á *La Divina Pastora*.

Saludé yo á la chula, que, si de pastora podía tener algo, de divina tenía muy poco, y aceptando una caña que ella me ofreció, me dispuse á escucharla. Los otros, que ni siquiera se levantaron á nuestra llegada, comenzaron á palmotear acompasadamente; tocó mi compañero unas malagueñas y la moza se arrancó (así se dice en términos técnicos) con la siguiente copla:

*No sé lo que tienen, madre,
Las flores del campo santo,
Que, cuando las mueve el viento,
Parece que están llorando.*

—¡Olé! ¡Viva la alegría!—exclamaron todos.

—Pues no tienen nada de alegres ni la copla ni la música—dije yo en voz baja á Pepito.

—Calla—replicó éste,—eres un *panoli*.

Tan enterado quedé del calificativo como de la alegría de la copla, pero callé avergonzado de mi ignorancia.

Siguieron el *cante* y el ruido y la algazara, amén de palabras obscenas y dicharachos groseros, hasta que, ya calientes las cabezas, y más que ninguna la de mi amigo, álzase éste y pretende abrazar á la *diva*.

¡Allí fué Troya!

Resiste la moza, insiste Pepe, tiemblo yo, los *jaques* murmuran y uno de ellos, de cuerpo enjuto y cara más llena de chirlos y cicatrices que fachada de casa antigua, se dirige al erótico galanteador y le grita:—Eso no, don Pepito.—¿Por qué no?—responde éste.—Porque yo no quiero. Valiente cuidado me da á mí que tú quieras ó no; y pretende continuar su amorosa tarea.

El *jaque* se interpone; alza Pepe la guitarra, convertida de músico instrumento en arma ofensiva, y la deja caer á plomo sobre la cabeza del matón, hundiendo la primera hasta el cimientto de la segunda. Los compadres del lesionado se al-

borotan; éste registra el bolsillo interior de su *marsellés*, el otro empuña una botella, aquél se mete debajo de la mesa; quién abre una navaja y descarga contra las paredes el furor de su acometida, cuál otro esgrime una banqueta. Yo cojo del brazo á mi amigo y tiro de él, batiéndome en retirada y haciendo el molinete con una silla.

Al fin gano la puerta, no sin recibir antes un taburetazo mayúsculo; llego al mostrador, pago, porque si bien es cierto que allí todos pegaron, yo solo pagué; me planto en la calle; meto á Pepe en un coche; restaño con mi pañuelo la sangre que inandaba su rostro, acariciado por las delicadas uñas de *la Rosa*; le subo hasta su cuarto; despido el coche, y al verme solo, libre por fin de tamaño desastre, no puedo menos de levantar los ojos al cielo y prorrumpir en esta filosófica exclamación:

¡Oh, sabia Naturaleza, que siempre creas algo nuevo para tormento de naturalistas y filósofos! ¿Dónde colocaré yo este ejemplar novísimo, este pulpo de la penúltima década del siglo XIX, que apoyando su cuerpo en la cultura, se aferra con sus estúpidos tentáculos á los veladores de las tabernas y á los lechos de las mancebías?

Yo no atino á verificarlo, y á V., Sr. Curioso,

lo remito para que lo clasifique en lugar correspondiente.

Suyo apasionado admirador,

JOAQUÍN DICENTA.

P. S. Acaban de decirme que se han cortado las relaciones con el Parnaso. Gracias á que al presente no hay viajeros disponibles; pero ¿qué será de mi carta?



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO